

EL GENERAL RAFAEL URDANETA Y LAS TROPAS INGLESAS Y ALEMANAS

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

A pesar de que en virtud de una ley sancionada por el parlamento británico en 1819 les estaba prohibido intervenir en las guerras de independencia de América, muchos oficiales ingleses de méritos relevantes vinieron a Venezuela a prestar su valiosa colaboración a favor de la causa. En vista de esta actitud de los voluntarios, el general realista Pablo Morillo les dirigió una proclama incitándolos a la desertión y a que se pasaran a las fuerzas peninsulares. Esto causó verdadera indignación entre los soldados ingleses que se encontraban sirviendo bajo la bandera venezolana. Y uno de ellos le respondió a través de un escrito (1), desde la isla de Margarita, el 1º de julio de 1819, el cual fue publicado en español y en inglés por "El Correo del Orinoco", donde le decía que los oficiales y soldados británicos en Venezuela, al dejar su patria para venir a combatir por la independencia americana, trajeron consigo su honor, su crédito nacional y la buena voluntad de sus compatriotas; que ellos no concebían cómo España, que ayudó a la liberación de las colonias inglesas, exterminara sus posesiones de América porque no podía retenerlas, manifestando un espíritu intransigente y una sed ardiente de sangre que ha horrorizado al mundo civilizado. Y concluía afirmando que ellos nunca mancharán sus manos con actos de atrocidad y asesinato; que respetarán las leyes de la guerra y los derechos de la humanidad. Así, de este modo, los británicos contestaron a las proposiciones indecorosas del general español. Por tanto, no era extraño ver contingentes ingleses desembarcando en las costas venezolanas, al menos los que en Londres eran enrolados por los agentes de la república.

Ahora, entremos a considerar la actuación de los voluntarios ingleses y alemanes bajo el mando del general Rafael Urdaneta. El señor don Luis López Méndez era el agente de negocios de Venezuela en Londres y a él le competía realizar las contrataciones con los oficiales y el gobierno británico. Después de los desastres de 1818, se celebraron en Londres dos contrataciones con los generales Elson y J. W. J. English, quienes arribaron a las costas venezolanas por lugares diferentes. Elson llegó por el Orinoco y English a la isla de Margarita por haberse equivocado de ruta. El Libertador supo de la llegada de las tropas inglesas en la población de San Juan de Payara. De allí salió para la ciudad de Angostura donde se hacían los últimos

preparativos para la apertura del célebre congreso. Días después, el 15 de febrero, se reunió la histórica asamblea que marcará las primicias constitucionales de Venezuela y Nueva Granada.

En medio de las deliberaciones legislativas, se nombró por unanimidad al general Rafael Urdaneta que era diputado, con la autorización del Jefe Supremo para que pasase a la isla de Margarita a organizar las tropas inglesas que continuaban llegando. En efecto, el Libertador le escribió al general Juan Bautista Arismendi, quien era gobernador de la isla, un oficio fechado en Angostura, del 24 de febrero de 1819, en el cual le manifestaba lo siguiente:

“Al Exmo. Señor General en Jefe, Juan Bautista Arismendi:

“El Señor General de División, Rafael Urdaneta, va a tomar el mando de la expedición inglesa que haya de llegar a esa isla. Está autorizado por el Gobierno para obrar en su encargo con amplias facultades. De consiguiente V. E. debe franquearle todo lo necesario para cualquier operación que haya de emprender y de los almacenes de esa isla le entregará V. E. mil o mil quinientos fusiles, además del cargamento del bergantín “*Imagen*” y del armamento de las tropas inglesas, municiones y todo equipamiento de tropas conforme a los pedimentos que haga el referido señor General Urdaneta.

“El Coronel Gilmore dispondrá V. E. que se incorpore a la expedición del mando del señor General Urdaneta, quien lo destinará en ella según crea más oportuno.

“Como puede probablemente necesitarse de dinero para socorro de las tropas y otros gastos de la expedición, acordará V. E. que de las cajas nacionales de esa isla y de otros cualesquiera fondos pertenecientes al Estado se entreguen al mismo señor General Urdaneta los que pidiere.

“Dios guarde a V. E. muchos años.

“Cuartel General de Angostura, a 24 de febrero de 1819-9º *Bolívar*”.

También, ese mismo día, le comunicó al Almirante Luis Brión la ida de Urdaneta a la isla de Margarita y le pedía que le facilitara lo necesario para emprender nuevas operaciones, y que de su cooperación con la escuadra dependía en gran parte el éxito del plan militar que le había ordenado a Urdaneta. Y terminaba diciéndole textualmente: “Repito, sin embargo, y espero que V. E. será el primero y más firme apoyo que tendrá el general Urdaneta para la ejecución de las órdenes que ha recibido”.

Urdaneta salió para Margarita en los primeros días de febrero y arribó el 27 de ese mismo mes a la citada isla. Junto con él se encontraban el general Manuel Valdés, quien lo acompañaba como segundo jefe; el Estado Mayor a cargo del coronel británico, recién llegado, José Alberto Gilmore, y como ayudante de Estado Mayor el coronel Woodberry. Además de los mencionados jefes, un grupo de oficiales formaba parte de su séquito. Entre ellos se contaban los coroneles Francisco Urdaneta, Miguel

Borrás, Francisco Sánchez, José Manuel Torres, Julián Montesdeoca, etc., y veinticinco o treinta subordinados. Cuando los patriotas llegaron a la isla, hallaron al general English con parte de su tropa, y 150 soldados alemanes que pertenecían a la expedición de Elson, los cuales se unieron al ejército de Urdaneta.

— II —

Es bueno hacer notar la precaria situación que atravesaba para ese entonces el ejército republicano. Los recursos económicos con que contaban los patriotas se debilitaron por los desastres del año 18, como se sabe. También la carencia de ejércitos disciplinados y acondicionados para la guerra brillaban por su ausencia. Todos estos importantes motivos dieron por resultado las contratas que celebraba don Luis López Méndez, quien era, como hemos dicho en líneas anteriores, el agente de negocios de Venezuela en Londres, con algunos decididos generales y oficiales ingleses para traer soldados británicos a Venezuela. Pero a esto se oponía un factor importantísimo, que era lo económico, pues faltaba dinero para emprender estas negociaciones en gran escala.

Además de este estado gravoso que se le presentaba a los patriotas, existía otro, cual era la posición asumida por Arismendi y Francisco Esteban Gómez, quienes no reconocían la jefatura de Urdaneta en la isla. Verdad de ello fue la negativa de no entregarle unos quinientos hombres de Margarita para formar un batallón. De palabra le fueron prometidos; pero cuando se llegó el momento de entregar los reclutas, Arismendi fue el primero en poner motivos con el objeto de no darlos. Decía que los margariteños no querían salir de la isla, sino hacer la guerra allí, y que los jefes de los cuerpos también se oponían. En vista de este obstáculo, Urdaneta le escribió a Bolívar dándole cuenta del caso, pero el Libertador ya había salido para Apure a organizar el ejército llanero. Por ausencia del Libertador, el vice-presidente le contestó diciéndole que hiciese cumplir las órdenes que había llevado desde Angostura. Con estos poderes que le había conferido el gobierno, Urdaneta procedió sin miramientos a reclamar los quinientos hombres. Ante esta actitud resuelta del jefe de la expedición, Arismendi no tuvo ningún temor y no vaciló en propagar otra farsa: la de que había peste en toda la isla. Mas, esto no duró mucho tiempo, porque la verdad se conoció en seguida. Y de inmediato, los patriotas procedieron en forma más enérgica, sin contemplación con nadie, poniendo presos a todos los jefes de la isla, menos a Gómez y Arismendi, quienes quedaron comprometidos en dar, dentro de tres días, los quinientos hombres. Cuando se llegó el momento de entregarlos, estos dos jefes se encontraban en la Asunción con todos los soldados de la isla listos a presentar batalla. Y declararon por escrito que no podían cumplir órdenes del gobierno. Pero la buena suerte no acompañó a los generales republicanos insubordinados. Hallábanse rodeados, entre el general Urdaneta, que se encontraba en Juan Griego, y la Legión Británica bajo el mando del general English en Pampatar, es decir, que estaban incomunicados, privados de toda protección. Urdaneta envió al general Manuel Valdés a Pampatar, con instrucciones de dirigir las operaciones militares. Y rápidamente le contestó a Arismendi que estaba resuelto a hacerlo obedecer por la fuerza. En pre-

sencia de esta grave situación, el general margariteño urdió otra trama y decidió abandonar a sus correligionarios, acusando ante Urdaneta a Gómez y a otros compañeros como los verdaderos responsables de aquel estado de división en que se hallaban las fuerzas libertadoras. Sin perder tiempo, Urdaneta se trasladó a la Asunción junto con un edecán. Y allí habló con Francisco Esteban Gómez y sus acompañantes. Todos ellos imputaron la culpa al general Arismendi. En vista de que no se podía establecer responsabilidades por las mutuas incusaciones que se hacían, el gobierno ordenó una investigación a fondo para conocer el verdadero culpable de aquellos hechos infructuosos y carentes de fundamentos que perjudicaban el buen proceso de las operaciones militares acordadas con el Libertador. El resultado fue desfavorable al general Arismendi, porque 27 de sus compañeros de armas lo delataron ante los tribunales como el promotor de aquellos desórdenes. Hasta el 28 de mayo duró la contumacia del general oriental, ya que ese mismo día Urdaneta le envió una orden de arresto que aquí transcribimos:

“Excelentísimo Señor:

“Como de la información sumaria que se ha seguido, para la calificación de los hechos que han tenido lugar del 21 en adelante, resulta que la conducta de vuestra Excelencia ha sido sindicada de haber contribuido a que no se cumplan las órdenes del Gobierno General, he resuelto en virtud de las facultades de que me hallo revestido por el artículo 3º del decreto de 10 del pasado, que vuestra Excelencia sea desde este momento suspenso del mando de esta Isla, y que en clase de arrestado se ponga a disposición del señor General Valdés, para que con todo lo actuado pase a dar cuenta de su conducta al Gobierno General. La contravención a esta orden será una prueba de inobediencia a la autoridad suprema, bajo cuyo nombre impongo arresto a vuestra Excelencia.—Dios guarde a vuestra Excelencia muchos años.—Cuartel General Divisionario en el Norte, mayo 28 de 1819.—Excelentísimo señor.—*Rafael Urdaneta*.—Excelentísimo señor General en Jefe, Juan Bautista Arismendi”.

Sin más que hacer, el general margariteño fue apresado por orden de Urdaneta y embarcado en un buque de guerra con destino a la ciudad de Angostura (hoy Ciudad Bolívar), donde se le sometería a juicio de un tribunal militar para ser juzgado por sus actos de insubordinación.

— III —

Después de lo sucedido, el general Urdaneta empezó a reunir y organizar a la vez la expedición inglesa y las tropas republicanas. En esa época, la isla de Margarita atravesaba por una crisis de víveres y de factores principales para mantener regularmente un ejército.

“Los soldados extranjeros —apunta el historiador colombiano José Manuel Restrepo—, hambrientos y desnudos, y empeñados en una guerra en que no se daba cuartel, veían con horror cuanto los rodeaba; así clamaban todos los días porque se les cumplieran las condiciones de su con-

trata y el General (Urdaneta) no podía verificarlo. Seguía-se de aquí la insubordinación y los pocos jefes venezolanos que los dirigían temían a cada momento por su vida; temían igualmente que fueran seducidos por las promesas del General Morillo hechas a nombre del gobierno español, ofreciéndoles servicio y a restituírlos a su país, pues tales ofrecimientos podían causar un motín o rebelión abierta a fin de pasarse al enemigo. Entre tanto el General English, su jefe inmediato, y quien los había enganchado en Europa, no hacía acto alguno de vigor para contener tamaños desórdenes, y su autoridad era nula”.

Por lo que hemos leído, esta grave situación obligó al jefe de la expedición contraer deudas por medio de un empréstito que adquiriera con personas adineradas de la isla. Y los quinientos hombres que pensó traer como cuerpo de tropa, los utilizó como tripulantes de las fuerzas marinas libertadoras, por considerarlos de poca importancia. No teniendo, pues, otra cosa que hacer en la isla, partió el 14 de julio con rumbo a las costas de Barcelona. En el interior de esta provincia había un ejército republicano bajo las órdenes del general Santiago Mariño, quien en esos días derrotó a las huestes españolas en la célebre acción de la Cantaura. Es de anotar que las tropas de Urdaneta carecían de caballería montada y esto le creaba una situación desfavorable porque no podía transportar su parque de guerra ni tampoco conseguir el ganado para alimentar a sus soldados. Urdaneta, por todo lo dicho, debía ser auxiliado por Mariño, ya que las circunstancias así lo exigían. Cuando desembarcó en el puerto de Pozuelos (hoy Puerto La Cruz), el 15 de julio, Barcelona se encontraba guarnecida por tropas realistas, lo mismo el Morro de Barcelona, lugar cercano del Puerto de Pozuelos. En vista de eso, a Urdaneta no le quedaba otro camino que atacar las posiciones enemigas con la mayor prontitud. Y así proyectó su plan de tomar por asalto a la ciudad de Barcelona, de improviso, a las tres de la madrugada, junto con el almirante Brion quien lo haría con su escuadra por el Morro de Barcelona, de una manera simultánea. En efecto, a las tres de la madrugada del 18 de julio las fuerzas de Urdaneta se pusieron en marcha sobre Barcelona, a la que ocuparon a las 8 de la mañana sin resistencia, ya que los realistas habían abandonado la plaza. Cuando las tropas inglesas entraron por las estrechas y adoquinadas calles barcelonesas, encontraron en todas las bodegas gran cantidad de aguardiente. Y sin obedecer ni respetar las reglas de la disciplina militar, empezaron a consumir descaradamente el ron que había en la ciudad. A la hora, todos se hallaban tendidos en las calles sin tener en cuenta los resultados que podría traer esta acción de indisciplina y desmoralización. Los únicos que observaron buena conducta fueron los 150 alemanes, quienes siempre se han caracterizado por su ejemplar conducta militar, y los criollos del capitán Cala, los cuales se utilizaron en vigilar y defender de cualquier ataque realista a la ciudad. A los soldados ingleses que se encontraban borrachos los llevaron al barrio de Portugal. Allí les pasó la embriaguez, y se les hizo tomar un baño en el río Neverí. Después de lo ocurrido, Urdaneta ordenó a 400 británicos ir bajo las órdenes del general Manuel Valdés en subsidio de las fuerzas que atacaban al Morro. Esta orden no pudo llevarse a cabo ese día, pues los ingleses se rebelaron contra la autoridad del jefe republicano y quisieron saquear la ciudad, lo que fue impedido enérgicamente por el general Urdaneta. Los

alemanes y los criollos que tenía el capitán Cala se apostaron oportunamente a la cabeza del puente que da acceso al centro de la ciudad y no permitieron que las tropas inglesas entraran a saco en Barcelona.

“Después de asegurada la entrada a la ciudad —escribe el historiador colombiano Carlos Arbeláez Urdaneta, en su obra intitulada “Biografía del general Rafael Urdaneta”—, y en vista del posible ataque de los enemigos y antes de la confusión que ello traería, se ocupó el General Urdaneta en que se les siguiera un severo juicio a los ingleses que se habían sublevado y que se habían negado a cumplir las órdenes de sus superiores, castigándolos como lo merecían, pues él nunca aceptó, como militar de principios, que la insubordinación pudiera aceptarse entre militares, en ninguna ocasión”. Mas delante apunta: “... la actitud del General English obligó al General Urdaneta a expedirle su pasaporte, puesto que su dirección en la Legión Británica, lejos de favorecer, estaba causándole verdaderos perjuicios a los “patriotas”. English siguió entonces para la isla de Margarita, en donde murió a poco”.

Mientras esto sucedía, el almirante Luis Brion atacaba con su escuadra al Morro, a las 2 y 30 de la tarde. Las goletas “Franklin” y “Victoria” lograron desembarcar dos columnas de tropas, la primera de cien hombres al mando del coronel Jackson y del mayor Graham, la segunda, de igual número, bajo las órdenes del coronel Garcin y del teniente coronel Voihg. Estas fuerzas se apoderaron rápidamente del Castillo Viejo. Entre tanto, Brion se acercó lo más que pudo a la costa, por los lugares donde estaba apostado el enemigo, con su escuadra. Ya frente a ellos, las fuerzas navales patriotas abrieron fuego muy nutrido. Los realistas, ante esta lluvia de proyectiles, abandonaban las trincheras. Unos caían muertos en las playas, otros lograban internarse en el monte y algunos alcanzaron a huir en botes y canoas; por dondequiera se veían cañones y fusiles abandonados. Los peninsulares solamente dispararon dos tiros, pues el ataque por mar y tierra fue fulminante y no les dio tiempo de defenderse. Momentos después, los patriotas, ya dueños del Morro, enarbolaron las banderas en los castillos que simbolizaban el triunfo. Sobre las playas quedaron 13 realistas muertos y 40 prisioneros. Los republicanos no sufrieron bajas, pero hubo un oficial de marina herido de gravedad y tres con lesiones de poca importancia.

Este triunfo fue comunicado por Brion a Urdaneta, quien, a petición del almirante, envió 400 soldados de refuerzo a la ensenada del Morro, los cuales llegaron a las 7 de la mañana del día siguiente. En esta forma se protegía la plaza de cualquier ataque sorpresivo del enemigo.

Días más tarde, Urdaneta trató de ponerse en contacto con el general José Francisco Bermúdez, quien se hallaba con su ejército en la población llanera de Aragua de Barcelona. Mas, sus intentos fueron infructuosos, porque casi toda la provincia se hallaba en poder de los realistas. Por consiguiente, su posición era arriesgada y desventajosa desde el punto de vista militar debido a la proximidad del enemigo que le acechaba sus pasos. Verdad de ello es que, por milagro de la providencia, Urdaneta se salvó de que lo asesinaran los realistas junto con su Estado Mayor. A propósito de esto, cuéntase que cuando el general Urdaneta llegó a Bar-

celona, lo primero que hizo fue tomar medidas de prevención contra los godos que pululaban por los pueblos comarcanos de esta ciudad. Entre esas medidas se cuenta la de haber colocado en la plaza mayor, hoy "Bo-yacá", una vanguardia bien armada y disciplinada y, también, dió ordenes de patrullar las calles para mantener el control de la ciudad. El resto del ejército se acuarteló con su jefe en el barrio Portugal, el cual se une con el centro de la población por medio de un sólido puente que se extiende sobre el caudaloso río Neverí. El objeto de Urdaneta al acuartelar sus tropas en Portugal consistía en evitar las deserciones y mantener la disciplina e, igualmente, protegerse del enemigo. Estas providencias le fueron de gran utilidad. Así vemos que cuando el coronel español Eugenio Arana se situó en Piritu, a unos 45 kilómetros de Barcelona, con el resto de sus tropas derrotadas por Mariño, el 12 de junio, en la acción de la Cantuara, maquinó un plan para asesinar a Urdaneta. Con ese objeto tomó treinta de sus mejores jinetes, los uniformó de patriotas y los puso bajo las órdenes del comandante Saint-Just. Como ellos, los realistas, sabían por boca de algunos espías que los republicanos estaban esperando de un momento a otro las fuerzas de auxilio de los generales Bermúdez y Cedeño, vieron aquí la oportunidad de realizar sus intentos criminales. En efecto, en la mañana del 22 de julio, desde los puestos avanzados se vio la polvareda que levantaban treinta caballos manejados con destreza por aquellos realistas uniformados de patriotas. A los pocos minutos entraban a la ciudad vitoreando a las fuerzas libertadoras. Y llegaron a la casa del general Urdaneta. El coronel Mariano Montilla, que estaba allí, le extrañó aquella partida de hombres armados que no esperaban en esa forma. Y se asomó a la ventana. Este acto de desconfianza los desconcertó de tal modo que Montilla lo advirtió, y al ver que aquellos no eran patriotas sino enemigos, su grito de alarma no se hizo esperar, lo cual arredró a los realistas que, ya descubiertos, tomaron las de Villadiego, no sin antes matar a varios centinelas que se encontraban apostados en las inmediaciones de la ciudad. A Urdaneta no le dio tiempo de nada, porque cuando trató de alcanzarlos ya iban muy lejos. Más luego, ordenó redoblar la vigilancia en toda Barcelona y sus alrededores.

Posteriormente las tropas inglesas aún persistían en saquear a la ciudad capital, pero Urdaneta, siempre patriota, se negó a tan bárbaros propósitos. Y sin poderse comunicar con el general Bermúdez, después de 15 días en la plaza, tomó la resolución de abandonarla e irse a Cumaná, lo que efectuó el 5 de agosto.

(1) Texto del escrito:

CONTESTACION

De los Oficiales y Soldados Británicos del Ejército de la República de Venezuela a la Proclama que les dirigió el General Español Morillo, estimulándolos con la oferta de un soborno a desertar a los Realistas.

"Señor: El discurso de V. E. a la porción Inglesa del Ejército de Venezuela exige de ellos una respuesta, no sea que su silencio le inspire a V. E. alguna complacencia o esperanza incompatible con el odio y la indignación que semejante discurso debe excitar.

"Los hombres que ahora contestan a las degradantes proposiciones de V. son los mismos que en la España, país natal de V., fueron (como aquí) los campeones de la libertad, y rescataron del despotismo extranjero su tierra ultrajada. El génio de la patria de ellos fué entonces el escudo de V. y de los suyos, y ellos mismos los instrumentos de su mag-

nanimidad; mientras que ofreciendo así su sangre y millares de vidas por la ingrata España, y por la soberanía de Fernando, ellas no han hecho más que revivir el reinado de la tiranía, y aumentar los estragos del fanatismo y la malicia.

"La misma reverencia debida a la virtuosa Libertad, que de este modo restauró en el viejo mundo la del país de V. y dió a su Rey un trono, los anima ahora en este nuevo mundo, en donde igualmente inaccesibles a los cohechos o amenazas ellos sostendrán todavía la Causa de la humanidad afligida, y conservarán una fé sagrada al confidente é injuriado Pueblo, cuyos intereses ellos han adoptado, y de cuyos principios son también admiradores.

"Quando V. aventura ofrecer a tales hombres los salarios de la deserción, y tiente una integridad, que el no respetarla es no poseerla... ¿es con estos servicios que V. quisiera minar sus principios?... principios, que por haberlos consagrado a la patria de V. mismo lo confiesa, y de que tantas veces fue testigo, debería haberlos conocido enteramente para no haberlos sospechado, y haberse aprovechado de ellos para no haberlos insultado tan sensiblemente.

"Los Oficiales y Soldados Británicos en Venezuela, al retirarse de sus moradas para venir a combatir por la Independencia Americana, traxeron consigo su honor, su crédito nacional, y la buena voluntad de sus Compatriotas; y los bravos y generosos Republicanos que parten con ellos el resto miserable de sus posesiones en otro tiempo hermosas, no los hallarán jamás faltos de buena fé, porque la persecución no les ha ya dejado más que dar.

"En la elegante Reprobación que V. hace de estos Bribones y Locos, como le place a V. llamarlos, ha creído V. conveniente considerar engañados con promesas y esperanzas vanas a las Tropas, Gefes y Oficiales Ingleses. Llamándolos instrumentos de otros, es que V. piensa poder más fácilmente hacerlos instrumentos suyos propios. Pero ellos desdeñan la imputación, como injusta para con el Gobierno a quien están sirviendo, y como inferior a la dignidad del propio Gobierno de V.—Si ellos llegasen a dudar de la solidez de aquél, o de la integridad de sus actos, sería con fundamentos más fuertes, y nunca los buscarían en los fútiles expedientes de este.

"El Héroe de esta combatiente República es tan respetable por su integridad, como admirado por su patriotismo y talentos: su país le ama, y sus aliados Británicos le consagran sus vidas y servicios para acelerar aquella época gloriosa que ha de recompensar sus sacrificios y sus virtudes por la libertad de su país. Menos afortunado, a la verdad, en no lidiar con un enemigo generoso, y en sus relaciones extrangeras que aquel ilustre hombre, a quien V. le ha comparado con más justicia que intención; BOLIVAR es tan merecedor de la gratitud de su Patria, y de la admiración del mundo como el mismo Washington, y como él, será venerado mientras viva, y su memoria será inmortalizada en la historia de su país emancipado y agradecido.

"Washington, auxiliado de la Francia y de la España, estableció en 8 años la Libertad del Norte. Esta misma España, que ayudó a la Independencia de las Colonias Inglesas, pervierte ahora el término, degradando todavía con el viejo título de rebelión aquellos gloriosos principios, que se han justificado ellos mismos por medio de la sanguinaria prueba de 9 años de guerra, y que el tiempo y la constancia les han adquirido un nombre más honorífico... nombre reconocido virtualmente por todo el mundo —el de un Pueblo Independiente—. Pero la España, tan injusta como impotente, quisiera degradar a aquellos, a quienes ella no puede ya gobernar, y exterminar lo que ella no puede poseer, manifestando un espíritu de intolerancia, y una sed ardiente de sangre, que ha horrorizado al mundo civilizado, es que ella ha dado energía a la resistencia de sus víctimas, y reforzado las filas de éstas con las personas de compasivos aliados.

"Con sentimientos propios de consideración por la antigua España, como aliados de su país natal, y como teatro de sus más brillantes acciones, los Oficiales y Tropa de las Fuerzas Británicas exigen de ella el beneficio moral de su ejemplo en el caso de la América del Norte; baxo el concepto de que los votos de la España por la emancipación de los Americanos del Norte, y su confianza en el suceso, no podían ser más completos que los de las Tropas Británicas por la pronta libertad de los del Sur.

"Entretanto, los Ingleses en Venezuela, conseqüentes con aquellos principios en que ellos han sido educados y exercitados, nunca mancharán su carácter con actos de atrocidad y asesinato. Ellos respetarán las leyes de la guerra, y los derechos de la humanidad; y siempre detestarán aquellos salvages principios que hasta ahora han prevalecido en toda esta melancólica lucha.

"Un Oficial Inglés, al servicio de Venezuela".